

"Liberales Ilustres Mexicanos."



G. Barreda



DR. GABINO BARREDA.

1824-1881.

Ninguna empresa digna de mejor pluma que la nuestra, como barrilar esa titánica figura del saber y del talento que se llamó Gabino Barreda.

Ante la gigantesca sombra de ese genio, el espíritu vacila y se sublima por que se contempla miserable y pequeña, como exigua potencia para alcanzar á bosquejar siquiera la inmensa talla del apostol. . . . Y sin embargo, lo intentamos! . . . Lo intentamos, sí, porque es un deber imprescindible de nuestra alma, rendir el tributo de nuestra admiración profunda á la memoria del ilustre sacerdote de la ciencia.

No trataremos de hacer un estudio profundo y concienzudo de la influencia directa y eficaz que tuvieron los esfuerzos del Dr. Barreda en la propagación y afianzamiento de los principios liberales, pues semejante estudio no es propio del carácter de esta obra; pero sí procuraremos señalar someramente cuales sean los inestimables beneficios que las ideas liberales deban á la constancia y al saber de ese apostol, beneficios que aun no pueden estimarse en todo su valor, porque aún no han producido todo su inmenso resultado.

El Sr. Dr. D. Gabino Barreda, nació en la Ciudad de Puebla el día 19 de Febrero de 1824. De su juventud se sabe que hizo en México los estudios de Derecho, que terminó con notable aprovechamiento, consagrándose después á seguir los cursos de la facultad de Medicina, recibiendo el título de Doctor en esa facultad, dodiéndose desde luego al ejercicio de su noble profesión.

Tenía muy poco tiempo de haberse recibido, cuando invadieron al país los americanos en el año de 1847, y el Dr. Barreda empuñó las armas como voluntario combatiendo en defensa de su patria como valiente soldado, hasta que estalló la revolución conocida en la historia patria con el nombre de *pronunciamiento de los Polkos*, y no queriendo tomar

parte en las discusiones intestinas, siguió al ejército, pero prestándole su contingente solo como médico.

Durante la guerra con los americanos, fué hecho prisionero por éstos en la "Casa Colorado," cerca de Chapultepec, y habría sido fusilado como todos los que allí encontró el enemigo con las armas en la mano, si no hubiera sido por su profesión de médico que le sirvió de salvaguardia.

Retirado definitivamente del servicio del ejército, á fines del mismo año de 1847, se dirigió á París con el objeto de perfeccionar sus estudios en la medicina y permaneció en esa capital hasta el año de 1851.

Un nuevo horizonte se abrió en esta época para el genio del Dr. Barreda, horizonte amplísimo que había de impulsar al poderoso genio del eminente pensador á un campo fecundo en magníficos frutos científicos y que había de abrirle también las puertas de la inmortalidad.

Era precisamente esta época aquella en que uno de los más ilustres filósofos del presente siglo, Augusto Comte, daba en el *Palais Royal* las sesiones dominicales en que exponía y desarrollaba la parte religiosa de su sistema filosófico.

Por supuesto que para quien como Barreda, iba con la inteligencia nutrida con las enseñanzas de una educación enteramente metafísica, los secretos nuevos, extraños y atrevidos del ilustre Comte, no eran por cierto los más propios y adecuados para servir de primera iniciación al positivismo, sino al contrario, las consecuencias religiosas que el filósofo francés deducía de la parte científica de su sistema le parecieron el producto de una imaginación enteramente extraviada. Por esta razón el Dr. Barreda, no adoptó desde luego los principios de una filosofía que bajo tan malos auspicios había impresionado su ánimo.

Pero si bien le pareció al principio inaceptable un sistema que llegaba á tan extraviadas conclusiones religiosas, le llamó profundamente la atención la gran moralidad que en ese sistema reinaba, y comparando esa mora-

lidad con la de las doctrinas metafísicas comprendió el valor inmenso de doctrinas tan eminentemente científicas que correspondían mejor á la espontánea emancipación intelectual que iba experimentando.

Con el fervor y la constancia del genio, se propuso profundizar las bases de la nueva filosofía y al efecto, de regreso á México se entregó á la profunda y laboriosa meditación de las obras de August. Comte.

Ese concienzudo estudio, para el cual tenía por otra parte una magnífica preparación, mereced á su vastísima instrucción científica, lo llevó á cabo durante el tiempo que le dejaban libre ya el ejercicio de su profesión, ya las Cátedras de Historia Natural primero y de Botánica después, que desempeñaba en la Escuela de Medicina todavía en el año de 1857, y en la que tuvo como aprovechado discípulo entre otros al distinguido cirujano Doctor Rafael Lavista.

Con la meditación de las obras del gran filósofo francés, la emancipación mental del Dr. Barreda se hizo más rápida y completa, y bien pronto se convirtió en el más adicto partidario y celoso propagador de las doctrinas de August Comte, doctrinas casi enteramente desconocidas por esos tiempos en México.

Casi de una manera insensible se propagaba la nueva escuela científica en lo que tiene por decirlo así, de fundamental, éstos es, en su incomparable método y en sus principios esenciales siendo más intensa esta propagación entre los alumnos de las clases de Historia Natural y Botánica, quienes aspiraban el aire puro de la moderna ciencia en las lecciones orales á que daba lugar naturalmente la explicación de estas ciencias del eminente profesor.

Hasta esos tiempos no se conocían en México, sino dos maneras de resolver los grandes problemas científicos y filosóficos: la escolástica que no tiene otra tendencia como dice muy bien un gran pensador, que convertir á la filosofía en sierva humilde de la teología, y la manera crítica de un racionalismo infundado, que no tenía otra tendencia que llevar sus negaciones más ó menos lejos.

Se comprendió, pues, perfectamente, que en estas circunstancias la propagación del espíritu positivo, tan profundamente contrario al espíritu teológico y á las sutilezas metafísicas, tenía que ser una propagación, más que difícil, casi imposible. Sin embargo la prudencia y el admirable tacto de Barreda, supieron vencer esas dificultades, y transmitió sus ideas con tanta mayor facilidad, cuanto que procuraba siempre evitar todo género de alusiones á las creencias religiosas de sus alumnos, exponiendo sus principios, con ocasión de aque-

llos asuntos científicos que se prestaban á su mejor aplicación y mejor podían demostrar su utilidad y exactitud. De esta suerte gravaba en el espíritu de sus alumnos sus magníficas enseñanzas como verdades indiscutibles y como utilísimos medios para investigar la verdad, tarea de propaganda que apoyaba con algunos artículos publicados por la prensa periódica y en cuyos artículos usaba de igual prudencia y precauciones respecto de los asuntos religiosos y políticos.

De esta manera, lentamente pero con seguridad, fué como una multitud de personas llegaron á profesar los principios y el método del positivismo, inconscientemente.

Por otra parte las prendas personales de Barreda le conquistaban el aprecio, respeto y consideraciones, no sólo de sus discípulos, sino de cuantos lo trataban más ó menos.

Este aprecio general y la muy extensa reputación de que gozaba tanto como médico como pensador, contribuyeron sin duda poderosamente para que al restablecimiento de la República en 1867, se fijaran en él las miradas del gran Juárez y su Ministro de Instrucción Pública el señor Martínez de Castro, para reorganizar por completo ese ramo importantísimo de la administración.

Quizá gran parte tuvo en esto el magnífico discurso cívico que pronunció el Dr. Barreda el 16 de Septiembre de ese mismo año de 1869, oración elocuentísima y profundamente sabia cuyo exordio basta para demostrar todo lo que ya en esa época había ascendido en su poderoso vuelo el genio del inmortal filósofo.

Ese exordio que no podemos prescindir de trasladar aquí, dice como sigue:

“En presencia de la crisis revolucionaria que sacude al país entero desde la memorable proclamación del 16 de Septiembre de 1810; á la vista de la inmensa conflagración producida por una chispa, al parecer insignificante, lanzada por un anciano sexagenario en el oscuro pueblo de Dolores; al considerar que después de haberse conseguido el que parecía fin único de ese fuego de renovación que cundió por todas partes, quiero decir la separación de México de la Metrópoli española, el incendio ha consumido todavía dos generaciones enteras, y aún humea después de 57 años, un deber sagrado y apremiante surge para todos aquellos que no vean en la historia un conjunto de hechos incoherentes y extrambóticos, propios sólo para ocupar á los novelistas y á los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas partes para todas aquellas que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan

por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás á las leyes que la dominan, y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado. Este deber y esta necesidad, es la de hallar el hilo que pueda servirnos de guía y permitirnos recorrer, sin peligro de extraviarnos este intrincado dedalo de luchas y de resistencias, de avances y de retrogradaciones, que se han sucedido sin tregua en este terrible pero fecundo periodo de nuestra vida nacional; es la de presentar esa serie de hechos al parecer extraños y excepcionales, como un conjunto compacto y homogéneo, como al desarrollo necesario y fatal de un programa latente, si puedo expresarme así, que nadie había formulado con precisión, pero que el buen sentido popular había sabido adicionar con su perspicaz y natural empirismo es la de hacer ver que durante todo el tiempo en que parecía que navegábamos sin brújula y sin norte, el partido progresista á través de mil escollos y de inmensas y obstinadas resistencias, ha caminado siempre en buen rumbo, hasta lograr, después de la más dolorosa y la más fecunda de nuestras luchas, al grandioso resultado que hoy palpamos, admirados y sorprendidos casi de nuestra propia obra; es, en fin, la de sacar conforme al ejemplo de Comte “las grandes lecciones sociales que deben ofrecer á todos, esas dolorosas colisiones en la anarquía que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, *provoca por todas partes*, y que no puede cesar hasta que una doctrina verdaderamente universal, reúna todas las inteligencias en una síntesis común.

“El orador á quien se ha impuesto el honoroso deber de dirigiros la palabra en esta solemne ocasión siente, como el que más, el vehemente deseo de examinar con ese espíritu y bajo ese aspecto, el terrible periodo que acabamos de recorrer, y que políticos mezquinos ó de mala fe, pretenden arrojarnos al rostro como un cieno infamante, para manear así nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra moralidad, presentándolo maliciosamente como una triste excepción en la evolución progresiva de la humanidad, pero que, examinado á la luz de la razón y de la filosofía, vendrá á presentarse como un inmenso drama, cuyo desenlace será la sublime apoteosis de los gigantes de 1810 y de la continuada falange de héroes que se han sucedido desde Hidalgo y Morelos, hasta Guerrero é Iturbide; desde Zaragoza y Ocampo hasta Salazar y Arteaga, y desde éstos hasta los vencedores de la hiena de Tacubaya y el aventurero de Miramar.”

“En la rápida mirada retrospectiva que el deseo de cumplir con ese sagrado deber nos obliga á echar sobre los acontecimientos del pasado, habría que tocar no sólo aquellos que directamente atañen á los sucesos políticos, sino también aunque muy someramente, otros hechos que á primera vista pudieran parecer extraños á este sitio y á esta festividad. Pero en el dominio de la inteligencia y en el campo de la verdadera filosofía nada es heterogéneo y todo es solidario. Y tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia, como que la ciencia deje de comprender en su dominio á la política.”

El anterior exordio puede dar una idea aunque débil, del inmenso fondo de erudición científica de que dió patente muestra el eminente Barreda en la oración cívica que pronunció en Guanajuato, y que, según dijimos antes, contribuyó bastante, en nuestro concepto, para que se fijaran en él las miradas del Gobierno republicano como en la persona más apta para reorganizar la instrucción pública.

En efecto, á la poderosa influencia del Dr. Barreda se debe la promulgación de la famosa ley de instrucción pública que organizó los estudios preparatorios y profesionales conforme á un orden enteramente lógico y según la jerarquía que consagra Comte en su clasificación de las ciencias, de acuerdo con el principio fundamental de complicación creciente y generalidad decreciente.

Era muy natural que una ley que de una manera trascendental transformaba los antiguos métodos de enseñanza, encontrara desde luego algunos enemigos y contradictores terribles que se opusieran á que se llevase á la práctica. Pero vino el finísimo tacto de Barreda á concluir con las dificultades. Hizo algunas concesiones á la preocupación y á la rutina en las escuelas especiales para cada profesión, pero en la que debía servir de escuela matriz, en la Escuela Nacional Preparatoria, por la que forzadamente debían pasar todos los que aspirasen á conquistar un título profesional, la reforma fué completa y radical.

Conforme al plan de estudios de esa Escuela, para toda clase de carreras debían estudiarse todas las ciencias de la serie fundamental, desde las Matemáticas hasta la Historia Natural, por un orden rigurosamente jerárquico, y según confesión de escritores europeos, de una manera más profunda que en los mismos Liceos de Europa. Por otra parte, se notaron desde luego en el plan de estudios dos cosas dignas de consideración, siendo la primera el espíritu positivo que dominaba en la enseñanza que prescribía y la atrevida innovación de enseñar la lógica como ciencia dogmática, co-